

Y mutuas se desmoronan,
Sendos coplones por lanzas
Enristran, que allí transforman
En instrumentos de muerte
(Que esto son las malas coplas),
Se buscan, húrntanse, vuelven
A los encuentros; remotas
Cumbres resurten al eco
De los golpes en sus hondas
Cavernas; suena en el circo
La gritería espantosa
De la turba, que los aires
Atruenan. Las armas rotas
Primeras, á papelazos
Se hieren y (¡oh dolorosa
Suerte de partos sublimes!)
El furor ciego destroza
Los escritos más divinos
Que á la escasa España honoran.
Zambando en la vaga esfera
Raquel y Jomeli en forma
De guijarros disparados,
Tan pesados se desploman
Sobre los dos, que sudando,
Vierten la fatiga en gotas;
Indecisa largo rato
La lid, al fin la traidora
Suerte y el hado enemigo,
Que el paso á las dichas corta,
Dirigiendo un papelote
De pestilencia asquerosa
(Armas propias de Antíoro,
Que por no conocer otras,
Y darlas el mejor templo,
Por casa en letrinas mora),
Dió en las narices al asno;
El fiero hedor le atolondra,
Desmándase, menudca
Corcovos, brinca, galopa,
Dispárase; poco firme
El jineté, en fin, le arroja
A la miserable arena
Que le hiera y le sonroja.
No suele el águila altiva
Sobre la ya temerosa
Garza caer más impía,
Que inexorable desmonta
El tremebundo Antíoro
A dar cabo á la victoria.
Cébase en el vencimiento,
Y por trofeo, deshoja
Cuantos escritos divinos
Al vencido jayán toma,
Allí el doliente alarido
Del concurso, aunque provoca
A lástima, más inflama
Al héroe que desenoja.
Porque diz que el jatanioso
(Si no mienten las historias)
Es entre todos los brutos
La bestia menos piadosa.
Condiciones sanguinarias
Pone á su triunfo, que adopta
El desmayado paciente:
Que humilde le reconozca
Por el más bravo coplero
Que el furor sacro endemonia;
Que á escribir versos no vuelva,
Y en el momento deponga
El renombre de poeta,
Que á pesar de Apolo logra,
Que dejando vanidades,
A buen pensar se recoja,
Ni ser arlequin profese
En los bailes, que alborota,
A todo, con voz doliente,
El misero se acomoda;
Dale por libre, y gimiendo
El triste Geta sin honra,
Sin gloria al amo y al burro
Saca despechado, y llora.
Entonces, ya por la esfera

Cencerros sonando, y roneas
Cornetas, que el himno animan
Y los geniezuelos tocan,
En rápido giro baja
La grave deidad, arrostra
Al héroe y dale un abrazo;
En tanto en torno retozan
De su frente, revolando,
Bichos, que de zanahorias,
Berzas y cardos y paja
Tejida guirnalda, en pompa
Magnífica le presentan,
Y con ella le coronan.
Hínchase el héroe famoso,
Vuela el númen, él invoca
Perpetuamente su auxilio,
Ser siempre su esclavo vota;
Cumple el voto, y en el templo
De la sandez jactanciosa
Fué tanto su ofrenda acepta,
Que aunque las cabezas tontas
Son tantas, la de Antíoro
Es la que aventaja á todas.

XI.

Cansada la bella Fflis
De amarme, si acaso amó
Quien puede tan fácilmente
Echar de sí una pasión;
Que la abandone me intima,
Como ella me abandonó,
Como si fueran iguales
El suyo y mi corazón.
Amor, que mira la injuria,
Rendido á la compasión
Llora el injusto abandono,
Lamenta el fiero rigor.
Labrando aborrecimientos,
Que inspira tan dura acción,
Quiere que pague con ellos
A quien así me pagó.
Mas ¡ay! que no fácilmente
Se apaga un vehemente ardor,
Ni borra el alma las huellas
De una hechicera pasión.
Si goza su dulce imágen
De mi alma la posesión,
¿Cómo arrojar de mi mismo
Lo que es á mi superior?
Aberrezcáme mi Fflis,
Y ámela constante yo,
Que amarla está en mi dominio,
Pero que ella me ame no.
Gozoso sin esperanza,
Mi fina contemplación
Hallará, sin los deseos,
Los gustos puros de amor;
Y acreditará, inocente,
Mi fe que deidad amó,
Aun cuando de sus castigos
Me aflija la ejecución;
Que, por más que de sus iras
Se experimente el furor,
Adorar á las deidades
Es humana obligación.

XII.

ROMANCE CONTRA AYALA
Y HUERTA.

Al proto-pedante Huerta
Y al mitro-pángloto Ayala
Salud muy cumplida envía
Un bachiller sin sotana.
Dicenme, buenos señores,
Que por esas calles andan
En tono de misioneros
Amenazando al buen Varas (1),

(1) Don Antonio Varas, seudónimo de FORNER.

En tanto que él muy tranquito,
Riéndose á carcajadas,
Paga en socarrón desprecio
Las furias de la ignorancia.
Que no le defiendan, dicen,
En la tremebunda casa
Que pone en boga el enojo
De una pedantesca farsa.

Y en buena fe que es muy justo
Que nadie saque la cara
Por un zarramplín perverso,
Que nunca temió á fantasmas.

Si echar quieren los pulmones
Gritando en calles y plazas,
Catequizando jumentos
Que le impugnen á patadas,

Harán bellisimamente,
Y celebrarán su gracia
Desde el lacayo más grave
A la mondonga más sábia.

¿Qué se dijera de un Huerta,
De aquel poctazo rana,
Que por no hallar quien le alabe,
Sus mismos elogios garla,

De aquel ingenio de culo,
Que ventoseando exhala
Pedos y versos (2), que todo
Es uno en los que él dispara;

Del que á la infeliz hebrea
Cantó con voz de guitarra,
Y cual barbero bisoño,
La fué desangrando á pausas?

¿Qué de un Ayala divino;
De aquel furibundo Ayala,
Que hizo á una deidad cornuda
Hacer papel en las tablas;

Del que diez mil numantinos
Degolló con mano franca
En una pobre tragedia,
En que hay por héroes murallas;

Del que censura comedias
Con mano tan acertada,
Que si reprueba las buenas,
Da paso libre á las malas?

¿Qué se dijera, repito,
De estos doctazos de marca,
Si en las literarias lides
No vencieran con marañas?

Generosamente humanos,
Al pobre Varas arrastran
En fórmulas judiciales
A dar razon de sus cartas.

¿Oh respuestas victoriosas,
En donde sin duda gana,
Si no el honor de las letras,
De los letrados la rabia!

EPIGRAMAS.

I.

VIUDA APARENTE.

Murió Fermín, y su esposa
Tan presto á Simón se unió,
Que se duda si enviudó;
Tanto adoró al que reposa.
Tan acelerada unión
Bien da á entender, á fe mía,
Que cuando Fermín vivía
Ya era marido Simón.

(2) Alude á cierta poesía de estilo familiar, que Huerta tuvo el mal gusto de publicar con el título de *El Peto dispersador*.

II.

COPLERO IMITADOR.

Que á Horacio y Anacreon
Imita porque odas hace,
Pregonando se deshace
En las gacetas, Cleon.
No es, por cierto, desafino;
Que al fin, aunque no parejas,
Puede, por tener orejas,
Llamarse Horacio un pollino.

III.

NUEVOS TRABAJOS DE JOB.

Después de tantas miserias,
Lepra, injurias, fuego, muerte,
¿Aun te faltaba, oh buen Job,
Que Arroyal te tradujese!

IV.

Tú finges que no me quieres,
Y yo finjo que te adoro;
Tú, Lelia, eres rica en oro,
Y en años también lo eres.
Déjate de dengues ya;
Que si en pobreza nos vemos,
Ni tú ni yo fingiremos,
Y entonces ¿quién perderá?

V.

De que te ha nacido un hijo
Me pides la enhorabuena;
Cornelio, con tus amigos
Ya desempeñé esa deuda.

VI.

EL IMPERIO DEL HAMBRE.

«Venid á comer conmigo,
Me dijo don Peranton,
Que hay perdiciillas, amigo,
Y un sonetito en borron,
Que á que os agrade me obligo.»
Comi, leyóme el soneto;
«¿Qué tal?...» Los dientes aprietos,
Pero alabélo; ¡oh barriga!
Por tí, implacable enemiga,
Pasa por blanco lo prieto.

VII.

LINAJUDA ESTÉRIL.

Es mayorazga y viciosa,
Y estólida y vana Ines,
Y también estéril es,
Por más que al marido acosa.
De tamaño desconsuelo
Pide al cielo la preserve;
¡Oh! es muy justo que conserve
Raza tan ilustre el cielo.

VIII.

Á UN MALSIN.

De lobos está plagado
El mundo, ¡y te despeluznas,
Fraudelio, tú, que rebuznas,
Porque en satírico he dado!
Con rebuznos no se espantan
Los lobos; Fraudelio ruin,
Déjame ser buen mastín,
Pues ser mal asno te aguantan.

IX.

Á UN DEVOTO.

Tanto rezar, Sulpicio,
Es, por ventura, devoción ó vicio?
Tu rezo murmurando,
Estás la ajena devoción turbando
Noche, tarde y mañana.
En tanto dicen que tu esposa gana
En la tienda el sustento
Que tú, á Dios alabando,
Devoras muy contento;
Si no trabajas por vivir rezando,
Reza cuanto quisieres;
Mas ¡santo! juro á Dios que no lo eres.

X.

EPITAFIO.

Aquí yace Jazmin, gozque mezqui-
Que sólo al mundo vino [no,
Para abrigarse en la caliente falda
De madama Crisalda,
Tomar chocolate,
Bizcochos y confites
El pobre animalito;
Desazonar visitas y convites,
Alzando la patita
Y orinando las capas y las medias
Con audacia maldita;
Ladran rabiosamente
Al yente y al viniente,
Ir en coche á paseos y comedias
Y ser martirio eterno de criados,
Por él ó despedidos ó injuriados
Con furor infernal y grito horrendo:
Si inútil fué y aborrecible bicho,
Y petulante y puerco y disoluto,
Culpas no fueron snyas, era bruto;
Educóle el capricho
De delicia soez con estupendo
Horror de la razón: naturaleza
No le enseñó tan bárbara impureza.
Los que en la tierra al Hacedor retra-

[tan,
Sus hechuras divinas desbaratan,
Corrompen y adulteran:
Los vicios de Jazmin, de su ama eran.

XI.

Que siempre lastime y hiera
Mi estilo en prosa y en verso
Culpas, Lupo; mas espera:
Si tú no fueras perverso,
Dí, ¡satírico yo fuera!
Hablar bien de tu codicia,
Disolución y malicia,
Fuera calúnnia mortal;
Hablar mal del que obra mal,
Lupo, es hacerle justicia.

XII.

LA DAMA HACENDOSA.

Cuatro horas gasta en peinarse
La graciosísima Ines,
En ataviarse tres,
Y cuatro en beber y hartarse.
Nadie la culpe en rigor
De su odioso proceder;
Lo que ella tiene que hacer,
De noche se hace mejor.

XIII.

En casa, en palacio, en calles,
Qual sombra tuya, oh Seyano,

Te sigue y te adula Hircano
Para que á mano le halles:
¿Te fatiga? no batallas
Sobre qué medio darás
Para no verle jamas;
Deja, Seyano, tu puesto;
De él te librarás bien presto,
Y de tí nos librarás.

XIV.

Á UN AGONIZANTE, AUTOR
DE UNA OBRA MUY LÁNGUIDA.

Cuando de formar trataste
Libro tan finebre y triste,
A un tiempo le concebiste,
Paulino, y le agonizaste.
Pudo no impreso vivir,
Mas luego que á luz salió,
Todo el mundo conoció
Que le ayudaste á morir.

XV.

AMANTE CURIOSO.

Era Ines de Gil querida,
Y ella le dió una manzana,
En lo exterior bella y sana,
En lo interior muy podrida.
Partióla y dijo: «Ines, di,
Desengáñame por Dios:
Si nos casamos los dos,
¿Te tengo de hallar así?»

XVI.

LA CIENCIA EN DUDA.

No dudo, Gil, que eres sabio
Y que en tu cabeza hueca
Se hospeda una biblioteca,
Y un Calepino en tu labio.
De confesarlo no huyo,
Pero aquesos lucimientos
Son de otros entendimientos;
Sepamos cuál es el tuyo.

XVII.

Á UN COPLERO IGNORANTE QUE DIÓ
EN SER SATÍRICO.

Contra los semieruditos
Sátiras hace Cleon,
Gastando en la reprensión
Trescientos versos malditos.
Cuanto es pródiga de más
Su caridad, ved aquí:
Deja de curarse á sí
Por curar á los demas.

XVIII.

Á UN AVARO.

Murió Espurio el avariento,
Y aun en la muerte mezquino,
A un ruinisimo sobrino
Dejó el tesoro opulento.
La muerte misma quedó
Vencida en ardid tan raro;
Pudo matar al avaro,
Pero á la avaricia no.

XIX.

RESPETO HUERO.

Con hinchada autoridad,
Muy lleno de sí y ufano,

Corre las calles Seyano,
Idolo de vanidad.
Cortesias en turbion
Llueven sobre su grandeza,
Y él, muy tieso de cabeza,
Dice: «Debidas me son.»
Con el respeto aparente
Se sustentan el animal;
Porque puedes hacer mal,
Necio, te acata la gente.

XX.

NOBLEZA DE ARCADUZ.

Que puede probar Lindoro
Que es más noble que Tarquino,
Se lo reza un pergamino,
Suyo por virtud del oro.
Que es noble se le concede,
Su honor nació del ajeno;
Que él pueda probar que es bueno
Es lo que el oro no puede.

XXI.

Todo vestido de lana,
Con pellejos de carnero,
Sabió el marido sincero
De la adultera Mariana.
De la cabeza á los piés
Miróle uno, y á la gente
Alto dijo: *Este no miente,
Porque dice lo que es.*

XXII.

Ese bullicio que halaga
En tus ojos, chiquilla,
Ante los extraños brilla,
Ante tu esposo se apaga.
Si yo no padezco engaños,
Chiquilla, en ese contraste
Bien se ve que te casaste
Sólo para los extraños.

XXIII.

HONOR POSTIZO.

Que eres marqués la *gaceta*
Nos lo contó, Juan Borrego:
Ni yo tal título mego
A tu estrujada gabeta.
Mas, como borrego churro
Te conocí en mis niñeces,
Siempre churro me pareces,
Y al Juan Borrego me escurro.

XXIV.

LITERATO AL USO.

Por la ganancia traduce
Devocionarios Cleon,
Y su gloria y su opinion
A cuentos vanos reduce.
Su virtud é ingenio fino
Ved en intento tan sano,
Para honrarse lo profano,
Para ganar lo divino.

XXV.

Con Juan hablé mal de Pablo,
Con éste hablé mal de Juan:
Sábenlo, y conmigo están
Por esto dados al diablo.
Con gusto Pablo me oía,

Con gusto Juan me escuchaba,
Y uno y otro me incitaba;
¿En qué, pues, los ofendía?

XXVI.

A un muchacho que ignoraba
A quién por padre tenía,
Y que piedras cierto día
A muchos hombres tiraba,
Uno le dijo: «No quieras
Tan malvado, niño, ser,
Porque puede suceder
Que á tu padre entre ellos hieras.»

XXVII.

Un grande pastel Anton
Comiendo estaba con gana
Cuando su querida Juana
Llegó á tan feliz sazón.
Antes desdeñosa era
Con él, mas ahora con pío
Acento dice: «Anton mío,
¿Quién habrá que no te quiera?»

XXVIII.

Quién conseguir en su amor
Dicha quiera, oro perciba,
Oro el que quiera que viva,
Haya muerto ó no, su honor.
Hoy por el poder del oro
Se alcanza cuanto se intente
Este verdaderamente
Si que es el siglo de oro.

XXIX.

Sintiendo su menoscabo
Una mujer, no se daba
A un hombre porque faltaba
A lo que pidió un ochavo.
Uno que oyó tal escena,
Abriendo la bolsa, dijo:
«Ahí está el ochavo, hijo;
No te detengas por eso.»

XXX.

Convidóme á merendar
Doña Juana el otro día,
Púsome ensalada fría,
Agua pura y necio hablar.
Mostróme despues el lecho,
Y dijo: «Si usted ahora....
—Voy á pasear, señora,
Porque estoy muy satisfecho.»

XXXI.

LA JUSTA ECONOMÍA.

Belisa, ¿por qué ocultas
Con velo infiel el relevado pecho,
Si no le dificultas
Ni con la gasa á la ambiciosa vista,
Ni con el cenó á la atrevida mano?
No vive satisfecho
De ti el pudor con el cendal liviano,
Ni gustas que resista
Al disoluto osar de los mozuélos.
Belisa, no seas pródiga de velos;
Dos ó tres te destroza cada día
Con la prisa su hidrópica porfia.
Superflua en gastar eres
Lo que ni cubre ni que cubra quieres.

Excusa, pues, un gasto tan perdido,
Y haz bien siquiera en esto á tu mari-
do.

XXXII.

HACERLA UNO Y PAGARLA OTRO.

Por vengarte de Juliano,
Casas, Ines, con Simon;
Este queda en tu prision,
De ti aquél libre y ufano.
Que es gran venganza no dudo;
Y si ahora yo que tú fuera,
Para venganza más fiera,
Hiciera á Simon comudo.

XXXIII.

DE DOS MURMURADORAS.

Que Paulo debe un vestido
Le cuenta Lidia á su hermana,
Y ambas á aquél muy de gana
Se lo cortan muy cumplido.
En este momento entró
Un sastre á quien no pagaban,
Y porque le trampeaban,
Los sayos les embargó.

XXXIV.

Al oír la voz maldita
De una ronca cantatriz
Que arroja por la nariz
La música con que irrita,
De tal modo el placer quita
A todos y desconsuela,
Que cada cual allí apela
A escapar con furia tal,
Que por evitar el mal
El que menos corre vuela.

XXXV.

EL REGALO DE LA FORTUNA.

Hallóse Cosme un tesoro
En cierto albañal cavando,
Y dijo: «Vamos triunfando,
Que para esto sirve el oro.»
Visitó varias tabernas,
Y convirtióse en mosquito;
De ella salió el pobrecito
Con gran columpio de piernas.
Por fin de narices dió
En un sucio lodazal;
Pasó un ladrón por su mal,
Y en cueritos le dejó.
Despabilóle el rocío.
Y hallóse sin sus doblones,
Sin camisa, sin calzones
Y hecho de bazofia un río.
Miróse con compasion,
Y dijo, arrugando el gesto:
«Fortunilla, ¿para esto
Me diste aquel alegrón?»

XXXVI.

EL MAL GANADERO.

Bato, si cuando procuras
Socorrerte te destruyes,
Dime de qué daño huyes
Si en el socorro le apuras.
Trasquilaste tu rebaño
Tan á raíz, Bato, ya,
Que acaso más no dará
Lana buena ningún año.
Tijeretazo crúel

XLII.

Que en las gacetas publique
Cleón su saber, no extraño;
Que el que es sólo una gaceta,
Sólo en gacetas es sabio.

XLIII.

«Vive, le dije á Damon,
En paz; la guerra abomina.»
Oyólo un bravo maton,
Y dijo: «¿Linda doctrina!
Si cunde, ¡pobre nacion!
»—Señor mío, estoy al cabo,
Dije; si la paz alabo,
A todos Damones quiero;
Damon sea el mundo entero,
Y entónces ¡que valdrá un bravo!»

XLIV.

A que vaya á convertir
Los cafes, Opas, me incitas;
«Que cuando mal pueda ir
(Dices), tu celo acreditas,
Y mártir logras morir.»
Pero tú en muelle carroza
Paseas, comes sobrado,
Y abundante y regalado,
Todo placer te retoza,
Que gozas muy descansado.
Yo he vestido estrechamente,
Opas, y harto penitente;
Mejor á ti te estará
El martirio, pues que ya
Te holgaste bastante.

XXXVIII.

NOVIO DE MAL AGÜERO.

Casada con don Fermín,
Doña Ines á tí te amaba,
Simon, y á su esposa odiaba
Porque era marido al fin.
Cómplice tú en el misterio
De su traición, con Ines
Te casas; necio, ¿no ves
Que amaba en tí el adulterio?»

XXXIX.

FÁBULA.

EL BOLSILLO PERDIDO.
Perdió el bolsillo un arriero,
Y le mandó pregonar;
Hombre sin duda sincero,
Cuando pensaba encontrar
De aquel modo su dinero.
Dícenle que ha parecido,
Pues la justicia ha cogido
Con él á quien le robó;
Mas él exclama afligido:
«Ahora si que se ha perdido.»
Dícen que fué grande exceso,
Que á la justicia ofendía;
Pero no fué nada de eso,
Que el buen hombre lo diría
Por las costas del proceso.

XL.

Á UN MAL POETA ADULADOR.

Tan grandes son las acciones,
Y tan miserables son
Los versos con que Cleón
Los rebuzna en sus canciones,
Que al verte, Conde, sus dones
Admitir tan placentero,
O que no los lees infiero,
O que entra en tu heroicidad
La heroícsima bondad
De que te elogio un coplero.

XLI.

Á UN MAL EPIGRAMÁTICO.

Extrañas que tan crüeles
Sean los frios este invierno;
¿No ves que en él de Cleón
Los epigramas salieron?»

Mas tu garbo significa
Que vas, niña, de buréo.
¿Por qué tan profana vas
A la santidad del templo?
Mas ¡qué sandez! ya contemplo
Que allí de buréo irás.

XLVIII.

¿Qué dirá la grave historia
De nuestros famosos tiempos?
Que á un magistrado da mil,
Y á un capon doce mil pesos.

XLIX.

SABIDURÍA DE LA MUJER.

¿Por qué Rita, que es tan sabia,
Ama á Babio, mal poeta,
Y siendo en todo discreta,
En esto su juicio agravia?
Floro, corta es tu experiencia;
Aunque más sabias las vienes,
Nunca llega en las mujeres,
Hasta la cama la ciencia.

L.

Cuando eras pobre, Sulpicio,
Tu mérito se estimaba,
Y todo el mundo, á su juicio,
No digno te reputaba
De estado tan impropicio.
Al parecer, por su parte,
El mundo quiso salvarte
De fortuna tan ingrata.
Ya eres rico; y ¿de qué trata
Ahora el mundo? de arruinarte.

LI.

Por ahorrar, deja perder
Sus posesiones Octavio.
¿Qué economista tan sabio!
Ahorra para perecer.

LII.

Porque servirme yo sé,
Y no muelo á mis criados,
Sospechan genios menguados
Que inepto al mando seré.
Mis criados me bendicen,
Y rabian si no les mando;
Los suyos siempre rabiando
Hacen mal, y peor dicen.
¿Tontos amos! no merece
Saber su fiero desden
Que sólo obedece bien
Quien piensa que no obedece.

LIII.

AL RETRATO DE UN TUERTO
FEÍSIMO.

Tú, que miras mi retrato,
Sabe, porque excuses yerro,
Que soy un alma de perro,
Aunque con facha de gato,
Bien que mi vil mordaz trato
Mi propio gesto declara,
Pues cual quiera, si repara,
Infiere en juicios derechos
Que no valen más mis hechos
Que mi abominable cara.

XLVII.

DEVOCION INDEVOTA.

Que vas, niña, al jubileo
Ese rosario me indica;

LIV.

LA CONVENCION.

¡Querrásme decir, Damon
(Ya conoces mi ignorancia),
Qué quisicosa es en Francia
Lo que llaman *convencion*?
De sus sabios la opinion
Es que la comunidad
Forma civil sociedad
Cuando, *convencidos* todos
En las cosas y en los modos,
Reina la unanimidad.
Allí se infaman, se ultrajan,
Se calumnian, se acriminan,
Se destruyen, se asesinan,
Hienden, hunden, cortan, rajan,
Leyes y cultos barajan
Discordes, con furia impla;
Dime, ¿en la filosofía
(Pues yo la ignoro, Damon),
La palabra *convencion*
Indica *piratería*?

LV.

GLORIA PÓSTUMA DE BRISSOT.

Refiere, Gil, la gaceta
Que Brissot el charlatan
No comerá ya más pan,
Oye, que es linda historietta:
Refiérenos, pues, hermano,
Que este pobre botarate
A costa de su gacete
Quiso ser republicano.
Refiere también, Gil mio,
Que cuando un rey le mandaba,
Vida y libertad gozaba.....
Fue bobo el rey, yo lo fio.
Dice más: dice que el tal
Brutísimo bachiller
Quiso gustar del placer
De trocar el bien por mal.
Dice otros: que de un trono
Trastornó las santas leyes,
Y blasfemó de los reyes
El tal brutísimo mono.
Una república luego
Diz que fundó su asnedad
Por gozar de libertad,
De igualdad y de sosiego.
Su república bendita,
Para premiarle el trabajo,
Le rebanó, zas, de un tajo
La chola, y no está contrita.
Ahora dime, Gil honrado,
¿No fue extraña habilidad
El fundar la libertad
Para morir degollado?

LVI.

Ines y Gil concertaron
El juntarse en casamiento,
Y de los dos el intento
En los templos pregonaron.
Pobre Gil, un sacrificio
Hoy en tu persona pasa:
Quien con pregonos se casa,
¿Dónde va, sino al suplicio?

LVII.

Antes que nadie las vea,
Sus obras á Gil dan gusto:
No privarle dél es justo;
Dejémosle que él las lea.

LVIII.

Cuando te nace un hijo
Tú te alegras, Anton, y yo me adijo.

Tú, muy celoso de tu raza, quieres
De tí dejar memoria, ya que mueres.
Cuánto mejor para tu nombre fuera
Que contigo tu raza pereciera!

LIX.

Ansiosa por hijos Ana,
Porque es mayorazga rica,
A san Antonio suplica
Que se le cumpla la gana.
Ved un raro testimonio
De devocion singular:
Píde a! señor san Antonio
Lo que el marido ha de dar.

LX.

DIÁLOGO ENTRE EL POETA Y SU MUJER.

POETA. Feo soy, pero bonita
El alma, hija mia, tengo.
Que ha de gustarte prevengo;
Que un alma es cosa exquisita.
MUJER. ¡Ay, Juan! no lo ignoro, no;
Pero en las horas no cuerdas
Tú de mi cuerpo te acuerdas,
De tu alma me olvidó yo.
POETA. Siento, niña, tu disgusto,
Y aun yo disgustado quedo.
MUJER. Juanito, no tengas miedo;
Que el gusto malo es mi gusto.

LXI.

No seas tonto, Gil: en tu aldehueta
Cultiva en paz groseros alcornocues,
Y más que los de acá te darán fruto.
Mas, pues quieres entrar en nueva escuela,
Antes que el grano de la corte toques,
Sé bellaco; no importa que seas bruto.

LXII.

EPITAFIO BURLESCO.

Esta breve pizarra en hoyo poco
Albo esqueleto encierra,
No de varon que, armado de diamante,
En mortifera guerra
Apresuró el imperio de la muerte
Del Tajo al Orinoco,
Porque supo matar, nombre triunfante
Del tiempo y del olvido.
Ni yace aquí, á basura reducido,
El encanto de amor, la rosa, el oro
Que en lascivo cabello
Almas aprisionó con lazo fuerte,
Y á quien rindieron el cantivo cuello,
Por antojo de fácil hermosura,
La verdad y justicia,
Avasallando su inclito decoro
De una ramera al imperioso ceño.
Ni aquí la sombra obscura
Ennegrece los huesos formidables
De un animado lodo,
Para cuya codicia,
Segun creyera su insaciable dueño,
Se creó el universo todo, todo,
Y quiso Dios que fuesen miserables,
En obsequio de un fatuo prepotente,
Los animales que se llaman hombres.
Ni sella (no te asombres)
Esta losa á un devoto, que cantando
Himnos al Hacedor en compungido
Tono y clamor doliente,
Pálido, cabizbajo y penitente
Dejaba el templo, y sus diueros sacres
Derramaba en profanos simulacros,
Mientras el pobre transido

FRAGMENTOS.

Entre los borradores autógrafos de FORNER hallamos muchas composiciones poéticas incompletas, otras meramente empezadas, y también pensamientos sueltos trasladados al papel apresuradamente, sin lima y como en embrión. De estos fragmentos juzgamos que merecen ser conservados los siguientes:

FRAGMENTO PRIMERO.

FORNER tenía poquísima afición á las doctrinas de los filósofos franceses del siglo XVIII. Para combatirlos, como doctrinas perturbadoras, ideó un poema satírico en verso y prosa, del cual sólo encontramos entre sus papeles lo siguiente:

PLAN GENERAL DEL POEMA.

«Se ha de describir una sociedad pura y virtuosa, dirigida por las luces de su razón. Como establecieron leyes reciprocas, una religion, etc. Arriban despues á ella varios filósofos y sabios, que van desterrados en una nave, creyéndola, en efecto, isla desierta. Los dejan en ella, entran, conocen aquella sociedad, empiezan á introducir en ella los filósofos sus sistemas, los juristas sus enredos, etc., y la hacen discorde é infeliz.»

POEMA.

Allá en la edad que recibió del oro
El título halagüeno en tiempo cnaudo
Fue más escndriñado su tesoro;
En aquel bello siglo, en que matando
Los hombres á los hombres que podian
Con libre imperio y voluntario mando,
Sus leyes naturales mantenian
(Segun Hobbes lo vió), y en robo y muertes,
Estado entónces natural, vivian.
Cuando privilegiaba á los más fuertes
La corrupta despues naturaleza,
Y en la rapiña colocó sus suertes;
O cuando manteniendo la entereza
Que á un racional compete, conservaba
De bruto la ignorancia y la fiera;
Y siendo racional no razonaba,
Y con entendimiento no entendia,
Que así su sér el hombre ejercitaba.
(Rousseau lo afirma, que lo vió, á fe mia,
Y trató á dos salvajes que le hablaron,
Aunque él dice que nadie hablar sabia).
Entónces, pues, porque ocasion hallaron,
Dos brutos de dos piés, sin plumas ni alas,
A una desierta isla se pasaron.
Si arribaron por puertos ó por calas
No lo dice la historia: sólo expresa
Que eran hombre y mujer, dos bestias malas.
Jóven él, y ella jóven y traviesa,
Considere el lector cándido y pio,
Solos qué harán allí, si no le pesa.
Deliciosa mansion: bosque sombrío,
Sabrosas frutas, rústicas y sanas;
Limpios arroyos, sosegado rio;
Suelo exento de fieras inhumanas,
Temple benigno y despejado cielo,
Tierras del robo y la maldad lejanas;
Dieran, si no ambicion, gusto y consuelo
A cualquier poderoso derribado,
Cuanto más á salvajes sin recelo.

En fin, ó por antojo, ó por necesidad, nuestras dos bestias racionales pasaron á la isla, y habiéndola registrado bien, y reconociéndola muy á propósito para pasar la vida, no sólo con comodidad, pero con profusion salvaje, la eligieron en su pensamiento por morada y habitacion perpétua, suya y de la dilatada posteridad que se prometian.—Es de saber, ante todas cosas, que en aquel siglo, que cayó en tiempos muy anteriores á la creacion del mundo, segun los cómputos del

Recibia á sus puertas
(A la ambicion y al aparato abiertas)
Vil ochavillo ó tísica piltrafa:
En fin, no aquí la estafa
Yace disuelta en polvo y podredumbre,
Ni la ambicion impia,
Congoja y pesadumbre
Del humano linaje; ni es ya fria
Ceniza en esta huesa
La linajuda vanidad de un necio
Que en la ajena virtud puso su precio,
Y siendo abominable
De todo vicio escandalosa presa,
Se juzgó ente sublime y adorable,
Porque serie de culpas conocidas
Del mundo le arrojaron,
No locos devaneos que llenaron
Las regiones del orbe divididas,
De terror con el oro ó con el hierro.

Aquí descansa, oh caminante, un perro
De quien jamas el mundo tuvo quejas,
Defendió de los lobos las ovejas
Con robusto vigor y ágiles zancas,
Sus dientes y carlanecas
Fueron defensa al tímido rebaño,
Y atronando los vagos horizontes
Con fiel ladrido en las nocturnas horas,
Ahuyentó de los montes
Las bestias carniceras,
Y los hombres, más fieros que las fieras.
Hizo bien á su grey, á nadie dañó
Con intento maligno.
Agradeció leal parco sustento,
Y vigilante, á su deber atento,
No á ambicion, no á interes, no á gloria vana,
No á delicia liviana,
Se ajustó, mas á sola la obediencia
De obrar cual le dictó la Providencia.
Bien tan gran perro de epitafio es digno,
Y si no lo confiesas, caminante,
Búscales entre los héroes semejante.

LXIII.

Que no soy hombre de bien
Dices; y si bien se alcanza
Que es gracejo de la chanza,
Por cierto tu dicho ten.
De la risible fortuna
Nunca á mí la dicha llega;
A mi austeridad la niega,
Porque jamas la importuna.
No adulo, y siento el poder
Lo fuerte de mi entereza:
Por ser firme mi cabeza,
Cerca está de no lo ser.
No vengo por precio ruin
La eternidad de mi mente:
Si el premio busca al que miente,
Soy grande picaro en fin.
Los premios que animan, verlos
Para otros, nunca me apocan;
Y, pues á mí no me tocan,
No debo de merecerlos.
Trabajo de noche y dia
En el comun beneficio:
Tan descabellado vicio
Debe infamarme á fe mia.
El premio y merecimiento
Reciprocos deben ser;
Y pues me olvida el poder,
Que soy picaro consiento.
El ocio y vicio se ven
Ensalzados; yo vacio:
Para esta edad, Fabio mio,
Yo no soy hombre de bien.